

mis dos páginas; por supuesto, siempre que esos señores oficiales practiquen, como no dudo que practicarán, aquel hermoso aforismo militar del General Galvis: "La energía no reside indudablemente en las palabras, sino que se manifiesta por hechos: y éstos, la mayor parte de las veces, están en razón inversa de las baladronadas intempestivas, groseras y ridículas". ¡Ah! Y dígales también—si no le enoja tanto encargo—que mi libro *Al pie de la torre Eiffel* va á ser reimpresso en castellano y traducido al francés: y que me duele muy de veras no seguir mi natural impulso suprimiendo los párrafos que han podido molestarles, como lo haría inmediatamente á no haberse alzado el vocerío insultante y amenazador, que de fijo, más aún que en mis oídos, habrá resonado penosamente en el alma de esos pundonorosos y corteses señores oficiales.

AL PIE DE LA TORRE EIFFEL

CARTA I

¡FRANCIA! AQUEL PARÍS.....

Madrid, 7 Abril.

SI yo no conociese bastante la gran capital de Francia, ¡qué emoción experimentaría al encontrarme, como quien dice, puesto el pie en el estribo para salir hacia hacia ella, con objeto de escribir del magno acontecimiento, la Exposición Universal de 1889!

Quien nunca vió á París, sueña con la metrópoli moderna por excelencia, á la cual ni catástrofes militares y políticas, ni la decadencia general de los Estados latinos, han conseguido robar el prestigio y la mágica aureola que atrae al viajero como canto misterioso de sirenas. Para el mozo sano y fuerte, París es el placer y el goce vedado y picante; para el valetudinario, la salud conseguida por el directorio del gran médico especialista; para la dama

elegante, la consulta al oráculo de la moda; para los que amamos las letras y el arte, el alambique donde se refina y destila la quinta esencia del pensamiento moderno, la Meca donde habitan los santones de la novela y del drama, el horno donde se cuecen las reputaciones... y, por último, para los políticos, el laboratorio donde se fabrican las bombas explosibles, el taller donde se cargan con dinamita los cartuchos y los petardos que han de estallar alarmando y consternando á Europa... París (lo único vivo en toda Francia) será siempre, y más si se mira desde lejos, la *ciudad madre* que cantó Víctor Hugo; "fuego sombrío ó pura estrella, araña que supo tejer la inmensa tela en que las naciones vienen á enredarse; fuente de continuo atestada de urnas que esperan el agua vivificadora, donde las generaciones acuden á apagar su sed de Idea". (De esto de *vivificadora* responda Hugo).

Años después de muerto el excelso poeta, y á tiempo que su fama empieza á palidecer bajo el implacable sol de la crítica, todavía conmueve, en visperas de un viaje á París, leer aquel fragmento de sus *Voces interiores*, donde expresa con tal energía el papel providencial de París en los destinos europeos. "Cuando París," dice, "pone manos á la obra, arrebatada á los demás pueblos (por felices y valientes que sean) sus leyes, sus costumbres, sus dioses; y en el candente yunque de colosal taller, funde, transforma y renueva esa ciencia universal que robó á la humanidad."

"Después de tan gigantesca labor, devuelve á los pueblos atónitos sus cetros, sus coronas, sus sistemas y preocupaciones, torcidos y abollados ya por las manos vigorosas de París. ¡Ah! París es—sin saberlo— el depósito de las fascas como el de los incensarios; cada mañana eleva una estatua, cada noche apaga un sol; con la idea, con la espada, con la realidad, con el sueño, reconstruye, clava y erige la escala que une al cielo con la tierra, y edifica— en este escéptico siglo— una Babel para todo hombre y un Panteón para todo numen. Ciudad envuelta en una tormenta continua, que día y noche despierta á la vasta Europa al tañido de la campana y al redoble del tambor, y que noche y día zumba á su oído como enjambre de abejas en el bosque. ¿Y qué sería del rumor del mundo el día en que tú ¡oh París! enmudecieras?,"



Nunca mejor ocasión de repetir estas estrofas del ilustre anciano; parecen hechas expresamente para saludar la apertura del gran Certamen internacional que al tañido de la campana despierta á toda Europa, y para servir de himno á la Babel contemporánea. Tampoco encontraremos mejor coyuntura de meditar las frases que Víctor Hugo consagra á la futura destrucción de París; á esa época venidera en que el Sena correrá silencioso y pálido entre olvidados y solitarios escombros, y en

que de todo el esplendor de la antigua Lutecia quedarán sólo dos torres de granito construídas por Carlomagno y un pilar de bronce erigido por Napoleón. En efecto, si París dista mucho de haber llegado al caso de inspirar canciones del género de la malamente atribuída á Rioja sobre las ruinas de Itálica, es indudable que su estrella se oscurece desde la caída del Imperio, proscripción de la estirpe napoleónica y triunfo de Prusia.

Al comparar los resultados internacionales de la primer Exposición Universal francesa y la que hoy se anuncia, vemos clarísima la verdad de esta observación. Nótese cuál fue la actitud de las naciones al recibir el convite para tomar parte en la liza. Alemania, desde lo alto de sus victorias, y mostrando su perseverancia en la línea de conducta política que se ha trazado, contesta muy clarito á la nota de Flourens que no le es posible acudir, y que ni oficial ni extraoficialmente estará representada en el Certamen. Austria-Hungría, con menos sequedad, pues siempre se ha preciado de cortés, pero con igual escrúpulo, declara que si facilitará á sus industriales y artistas medios de acudir y lucirse, no puede tener representación oficial. Italia, con su coquetona impudencia de *bella mendica*, sonriendo, alega que es muy pobre, y que, mediante razones económicas, no le es factible estar representada tampoco. Inglaterra, correcta y prudente según costumbre, aduce la fecha del Centenario que ha de conmemorar la Exposición para abstenerse;

mas como al fin es el país de la actividad y la iniciativa individuales, el lord Alcalde no vacila en aceptar la presidencia del *Comité de la Exposición*, y la industria inglesa pide en el Campo de Marte, para su instalación, la friolera de doce mil quinientos metros de área. Rusia misma, la gran simpatizadora, la aliada resuelta de Francia, no se determina á comprometerse enviando un comisario oficial; y si privadamente se mueve y coopera todo lo posible llevando al Certamen el atractivo de su arte oriental, de sus curiosas costumbres y sus típicos productos, delante de gente no permite rozar el armiño del imperial manto con la escarapela tricolor del *sans culotte* parisiense.—
¿Y España?

* * *

España merece párrafo aparte. Si consideramos á Francia, se nos presentan dos problemas, el industrial y el político: el primero es de datos claros y fácil solución. Con ningún estado de Europa realiza España mayor cantidad de transacciones que con el francés; con ninguno está en más inmediato contacto, ni tiene mayor interés en conocer sus medios de adelanto y perfeccionamiento industrial para establecer hasta donde quepa una competencia lícita, que nos emancipe de muchas tutelas y redima en parte el formidable censo de cerca de trescientos millones de pesetas anuales que pagamos á la nación vecina por importación de

artículos que aquí no sabemos aún fabricar, ó á los cuales no hemos acertado á imprimir sello propio y gracia moderna. Nosotros, que dominábamos en mejores tiempos el arte de la cerámica, prescindimos de nuestra loza y encargamos vajillas á Limoges y á Sèvres; nosotros, que poseímos el secreto de las más ricas sederías, despreciamos el damasco de Valencia por el paño de Lyon; nosotros, que en forjar y cincelar el hierro eclipsábamos á los florentinos adornamos nuestras casas con bronces y níqueles franceses; nosotros, que cebamos en Galicia los más orondos capones y en Granada el más succulento pavo, dejamos salir de España todos los años ¡cuatro millones de pesetas! gastados en *pulardas* del Mans, en patos gordos gansos y faisanes. Pero así y todo, Francia nos compensa, tomando nuestros caldos, desde el añejo Valdepeñas al dorado Jerez, los minerales de nuestras sierras, el corcho de nuestros alcornocales, el aceite de nuestros olivos, la suave lana de nuestros borregos. De modo que no es Francia para nosotros una enemiga industrial; quien lo será en breve, y terrible, si Dios no lo remedia, es Alemania, que nos exporta poquísimo y á bajo y ruinoso arancel—escasamente doce millones anuales,—y nos saca noventa y cinco por bujerías de cuarto orden, de lo más inferior que puede verse en nuestros bazares y en nuestras tiendas de bisutería y quincalla. ¿Qué ha de esperar España, en punto á ventajas comerciales, de una nación populosa y vasta, amiga de empuñar el codo y

donde, sin embargo, sólo se consumen nuestros vinos por valor de dos millones quinientas mil pesetas? Nuestros vinos, néctares amasados con fuego del cielo, perfumados con fragancia de azahar, tintados con oro derretido, tan diferentes de los aceitosos jugos de las viñas del Rin, los cuales, á guisa de muchacha clorótica que se pinta las mejillas, necesitan que el color del cristal les disimule la palidez? Yo los prefiero, es verdad; pero hay quien se indigna al ver el desastre de los vinos españoles.

Industrialmente, no cabe duda: estamos al lado de Francia más bien que al de Alemania, y las complacencias de nuestro Gobierno con el del Canciller en la cuestión de aranceles, no nos han reconciliado con el país de los juguetes de plomo y los alcoholes amílicos. Políticamente.... ya es harina de otro costal.

* * *

Políticamente, si Francia no es ya nuestra adversaria, tampoco es una amiga segura. Latina, sí... pero la frase *pueblos latinos* es muy elástica. España lleva en las venas más sangre finesa, fenicia, celta, semítica ó goda, que romana: España hubiese estado antes al lado de Aníbal que al de Escipión, y era más que latina cartaginesa: España tiene mayor afinidad con Francia por el lado céltico que por el latino, el cual en ambas naciones representa la opresión extranjera y la conquista. Y evitando remontarnos á edades tan lejanas y á tan ne-

bulosos períodos,—siempre Francia ha sido la piedra en que tropezamos, la fosa en que caímos, la enemiga declarada ó embozada, y en este último caso más funesta, que acechó nuestras desventuras para explotarlas, que observó nuestros lados débiles para herirlos, y que nos quitó con páfida habilidad, como el que realiza un acto premeditado y un plan maduramente concebido, y aprovechando nuestro inconcebible descuido, la hegemonía de los pueblos que por no llamar latinos, llamaré romanizados. Mediante los manejos de Francia perdimos un riquísimo florón de nuestra corona, Portugal, y á poco perdemos otros dos no menos ricos, Cataluña y Navarra. Por Francia, nos hubiésemos quedado sin nombre ni nacionalidad á principios de este siglo; y la espantosa energía que contra la invasión desplegamos, prueba cumplidamente que en el fondo de nuestra conciencia existía el convencimiento de que al rechazar á los franceses rechazábamos la absorción. La hoguera del odio no se ha extinguido por entero después de sesenta y siete años. Aún en las masías de Cataluña el nombre de francés suena de siniestro modo, y aún en las bodegas de Castilla os enseñarán con orgullo la inmensa cuba de vino cuyo mérito y paladar consiste en *tener francés*, es decir, en que en su fondo yace el esqueleto del granadero de la vieja Guardia chapuzado allí por el más feroz patriotismo.

* * *

Concretando: las naciones se han mostrado con Francia reservadas y frías, otorgándole tan sólo lo que dentro del derecho internacional no podían negarle. La misma Bélgica, especie de retoño ó prolongación del Estado francés, con el cual lleva excelentes relaciones y sostiene el comercio más activo, no se atrevió á salirse del campo de la neutralidad, y trató de quedar bien echando un requebro á la bandera francesa, á la cual llamó *arco iris del progreso*; Holanda imitó la conducta del país belga; Suecia torció el gesto; Rumania, por no ser menos, tampoco quiso enviar representación oficial; y ¿qué más? hasta China se mostró para Francia remilgada y desdeñosa. El activo de adhesiones explícitas quedóse reducido á los Estados jóvenes, impúberes casi, como Grecia, Servia, Mónaco (jóvenes algunos de puro viejos, y otros resueltamente viejos ya y sin esperanzas de renovación; por ejemplo, Marruecos y Egipto); al evolucionista Japón, que no pierde coyuntura de asomarse á Europa, y á todas las Repúblicas de la América meridional. La del Norte no ha sido tan franca: á despecho de su papel de centinela avanzado, manifestó diplomática reserva, á fin de no desafinar en el *concierto* de las naciones.

* * *

Es evidente el carácter político de tan marcada abstención. A la Francia monárquica ó imperial, nadie la desairaba. Francia no ha sa-

bido ó no ha podido curarse de sus aficiones de propagandista, ni renunciar oportunamente á su oficio de mecha encendida y aplicada sin cesar al barril de pólvora de las revoluciones. Un siglo va á cumplirse desde que á los gritos de la multitud derribó la vieja y sombría Bastilla; un siglo lleva demoliendo, y no se ha cansado. Parece que no agitó lo suficiente al mundo; aún se estremecen sus entrañas con movimientos convulsivos, y al pronunciar las palabras de "paz, trabajo y concordia," duda de sí y no se cree apta para realizar plenamente tan halagüeña divisa. Este lema es pura fórmula mercantil. Nada violento persiste; y así como España, para respirar y vivir, tuvo que renunciar á sus pronunciamientos y sus guerras civiles, Francia necesita dejarse de revoluciones. La actitud de las potencias se funda en la fecha del Centenario que la Exposición conmemora, la demolición de la Bastilla: para unas habrá motivos, para otras pretexto; para todas razón suficiente. Viene muy á pelo recordar aquí otros versos de Víctor Hugo, una estrofa de los *Cantos del crepúsculo*. "¡Oh Dios!"—exclama el vate—"Si tus alas cobijan á la nación francesa, no permitas, Señor, estas perennes luchas, este levantar y derrocar de tronos, estas tristes libertades, hoy concedidas y suprimidas mañana; este negro torrente de leyes, pasiones, ideas, que se derrama en desatadas olas; estos tribunos que no se reúnen sino para oponer á los abusos de granito constituciones de yeso; este flujo y reflujo incesante; esta guerra más honda y som-

bría cada vez, del Gobierno contra los partidos y de los partidos contra el Gobierno!" ¿No parece que presintió el estado de incertidumbre y angustia política que precede á la apertura de un Certamen cuya corona debiera tejerse con las rosas de la alegría y las olivas de la paz?



De todas maneras, y acaso por lo mismo que Francia se encuentra metida en el atolladero, en la Exposición tendrá fijos los ojos el mundo; ¡y quién sabe si al cerrarse el concurso, el país republicano y revolucionario por excelencia (que es en el fondo el más partidario de la autoridad y la jerarquía), obedecerá al dictador, al amo con quien sueña en secreto, como apasionada é indómita mujer que suspira por el querido tirano!

¿Quién lo duda? París rebotará de gente y harán su agosto los hosteleros, los tenderos, las cortesanas y las modistas que chupan al incauto viajero la substancia. Yo sé que en París todo *resulta*, porque conozco aquella capital. Dos ó tres inviernos he pasado en el *cerebro del mundo*, haciendo hasta las cuatro de la tarde la vida del estudiante aplicado, y de cuatro á doce de la noche la del incansable turista y observador.

Segura de ser respetada, porque aquel es un país culto, y bastante conocedora de la topografía física y moral de los barrios parisienses para no exponerme con frecuencia á ser roba-

da ó asesinada miserablemente en algún rincón de la inmensa capital, la he recorrido sin perdonar callejuela, ni olvidar Museo ó teatro.

París está en prosa. Allí se piensa mucho en comer. Recuerdo que me ha divertido infinito la gastronomía parisiense. He comprado fresas en Enero, melones en Junio, castañas asadas á los saboyanos que las venden en la calle, y patatas fritas, envueltas en un cucurucho. He visto fabricar el turrón ó *nougat*, me he enterado de cómo se acaramelan las violetas dobles, de cómo se falsifica el champagne y de cómo se fabrican artificialmente las trufas. He visitado el *vientre de París*, según le llama Zola, ó sean los mercados. He visto desempaquetar de entre témpanos de nieve, los esterletes del Volga; he compartido el cocido de garbanzos y el bacalao á la vizcaína que comen en París los naranjeros de Murcia, encargados de abastecer de *narranca* á las fruterías parisienses; he observado cómo volvían del campo los carricoches de las verdulerías, atestados de aquellas zanahorias con que aplacó su hambre el infeliz anarquista héroe de la novela de Zola; cómo viajan los gansos de Estrasburgo, con su infarto en el hígado y sus ojos atravesados por cruel punzón; conozco las cocinas italianas, con sus frascos de Chianti y sus *ravioli*; las cervecerías alemanas donde se ostenta un salchichón más grueso que el tronco de un mediano roble; las fondas rusas, en que abren el apetito la sardina curada y el caviar; las tiendas españolas en que se compra legíti-

mo *mansanilla*...; en fin, no hay nada tan variado y complejo como la bucólica parisiense, y creo que es uno de los ramos más interesantes que pueden estudiarse en París y de las cuestiones más vitales para el francés contemporáneo.

*
*
*

Pues ¿y las tiendas? El anuncio, el modo de engalanar el escaparate á fin de que atraiga los ojos y entreabra el bolsillo; la tentación hábil, insidiosa, continua, que llega á convencerle á uno de que necesita con urgencia un objeto en que no pensaba cinco minutos antes, ni en su vida ha echado de menos; la maña del vendedor, sus palabritas de miel, sus agasajos, la tupida red de seda en que envuelve al marchante, la seducción que ejerce sobre sus sentidos y hasta sobre su conciencia... es otro capítulo que mi sexo me obliga á conocer, y que adicionado con las visitas al taller de las modistas y modistos favorecidos del público derrochador, podría inspirar un tratado edificante y moral, demostrando el tremendo papel que desempeña en la moderna sociedad esa hoja de parra que nuestros progenitores, en el feliz Edén, obtenían sin más trabajo que extender la diestra hacia las enredaderas y los floridos arbustos.

*
*
*

Pero mis predilectas excursiones eran á los

Museos. Los domingos, como no se podía trabajar en la Biblioteca, refugiábame en el Louvre, el Luxemburgo ó Cluny, y me pasaba horas y horas mirando cuadros, estatuas, esmaltes, lozas, casullas viejas, joyas de orfebrería, retablos ó hierros primorosos; solamente prescindía de estas dominicales artísticas cuando iba á entretener la mañana en el famoso *desván* de Edmundo de Goncourt, mi viejo maestro y amigo.

* * *

En Madrid todavía no se dispone la gente á visitar la Exposición; pero así que la primavera asome, empezará el movimiento. El viajero que más abunda en la coronada villa es el que calcula económicamente la salida veraniega, y resuelve pasar en París quince días, sin conocer palabra del idioma, ni jota de las costumbres, ni haber realizado nunca otra excursión más que la clásica del Sardinero ó la obligada de la Concha. Así, desde que pasa la frontera y se ve entre desconocidos y extranjería, todo le sorprende, todo le escama, todo le amontona, todo le subleva. La cortesía francesa le parece baja adulación; la útil ley, irritante traba; el abuso que con él comete un hostelero ó un fondista, se lo achaca á la nación en conjunto. Ve que por un vaso de agua (con azúcar y azahar) le cobran un franco, y supone que en París la vida es imposible, y que el agua del Sena cuesta más que el vino de Arganda. Le empuja el gentío, y reniega de las Exposiciones, diciendo

que son un caos, un desbarajuste y un infierno.

Los monumentos que visita sin inteligencia, se le barajan en la memoria, y al cabo de un mes ya no sabe si Nuestra Señora es un cuartel de inválidos ni si la tumba de Napoleón está ó no está en la Santa Capilla. El cansancio físico, el mal humor que engendran las continuas sangrías á la bolsa, el mareo de las multitudes, el sentirse gota de agua perdida en un océano, la irritación de hablar una lengua que nadie entiende y de oír hablar otra para él ininteligible, todo hace del cándido turista de ida y vuelta la persona más desdichada y rabiosa del mundo. Generalmente, á los que van á París muy resueltos á divertirse tres semanas, les he oído maldecir del viaje, y de la diversión, y de los franceses, y hasta del gran bellaco que inventó las Exposiciones.

¡Cuánto inconveniente, cuánta desilusión, cuánto desengano!

En casa, antes de cerrar la maleta, habían hecho su presupuestito: tanto para el billete, tanto para comer en el camino, tanto para el hospedaje en París; cuánto para propinas, cuánto para café; eche usted diez duros para impre-vistos; ¡jea! y añadamos... ¡psch! quince duros para llevarle unas finezas á la familia y á los amigos de confianza. Total, unas seiscientas ú ochocientas pesetejas... bueno, mil á lo sumo.

¡Inocentes proyectistas! Ya veo el susto que les aguarda. En la frontera, quebranto del cambio; pierde el dinero español cinco ó seis pesos que se van sin gracia ninguna. En París: la co-

33698

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

mida por las nubes; la fonda, en el Olimpo; los cafés, remontados; todo por las setenas... Al satisfacer la cuenta del hospedaje, sobre el precio del ajuste diario, una peseta más por luz, una por servicio, media por agua caliente, y los recados á peseta también. En fin, las desagradables sorpresas de toda *adición* (*sustracción* debiera llamarse). Luego, el ramo de cachivaches y deslices; los cachivaches sueltos que se compran por su excesiva baratura, y después de sumados importan una regular cantidad; las fruslerías de á real, que en conjunto cuestan mucha plata; el retrato económico, el monigote japonés, el álbum con vistas de la Exposición, el prensapapeles con la torre Eiffel, la docena de pañuelos casi regalados... todo va poquito á poco acreciendo la columna de gastos y exprimiendo el portamonedas, al par que exigiendo la compra de una maleta ancha, de una sombrerera más, de un saco y una carterita. El presupuesto módico de las mil pesetas sube, sube como la espuma, y no para en las mil quinientas, con profundo terror del honrado madrileño.

¡Qué derroche! Para el ciudadano pacífico, acostumbrado á su vida casera, burguesa, angosta, con el plato de arroz al almuerzo y el cemento de garbanzos á la comida, con sus imprevistos previstos más exactamente que anuncian los Observatorios las galernas y los ciclones (treinta céntimos el tranvía, tres pesetas el asiento de los toros, etc.), aquel sutil y vertiginoso modo de sacar el tuétano al bolsillo que en París se estila, tiene algo de fatal, de pato-

lógico; es como quien siente que se le va la vida por una vena rota, y no acierta á restañar la sangre. En vano escatima, discurre y se ingenia. "Compañero, mañana mucho cuidadito.... A tal parte, que está cerca, iremos á pie... ó en ómnibus. Comeremos en un sitio barato. Nada de compras.... juicio, y á ver cómo recorreremos muchas cosas en poco tiempo. Consultar la guía, ir seguido y á patita, que estos simonés salen por un ojo de la cara...." Excusado es decir que no se cumplé ninguno de estos propósitos de mis madrileños incautos. Yendo á pie se tarda un siglo en llegar á cualquier parte, porque son inmensas las distancias: los ómnibus no hay medio de aprovecharlos, siempre van atestados hasta la imperial; en los edificios públicos, si no corre el franco, nada enseñan; hace calor, y no se puede pasar sin un refresco; el cuerpo pide tabaco, y éste (si no ha de ser hierba seca) es carísimo en París: en fin, que mis madrileños susodichos, dándose al diablo, no tendrán más recurso que desliar el bolsete y otra vez soltar *guita*. Pues ¿qué diré si el propio diablo hace que sean solteros, ó casados, pero alegres, y les mete en el fregado de dejarse envolver por alguna de aquellas ninfas, respecto á las cuales emitió Fray Luis de León su sapientísimo consejo:

«Si acaso te mirare,
los ojos, sabio, cierra: firme atapa
la oreja si llamare:
si prendiere la capa,
huye; que sólo aquel que huye, escapa.»

¡Ah y qué disimuladamente voy á reirme cuando encuentre por aquellas calles y aquellas instalaciones de la Exposición á mis vecinos matritenses, que no verán la hora de volver á catar su linfa de Lozoya y su puchero castizo!

Ante todo, pensemos en lo material del viaje, en elegir el momento más á propósito para encontrar á París en su plenitud de animación, dejando transcurrir este mes de Abril, que se presenta frío, lluvioso é ingrato como si fuese el más inclemente Marzo ó Febrero. Por ahora, es indudable, nadie se arroja á ponerse en camino: el invierno no se ha despedido todavía y nos lanza al rostro puñados de granizo; el teatro Real no ha cerrado sus puertas, y resuenan en su escenario los divinos acentos de la voz de Gyarre, canto de cisne de la temporada teatral que ya agoniza; las señoras no sueltan aún los boas, los manguitos y los abrigo de pieles; aún no se come fresilla, ni las lilas desabrochan, ni las acacias dan olor, ni se vende horchata de chufas... De Francia, en vez de acentos de alegría é himnos á la paz, nos llega el eco de las discordias, quejas y amenazas del ídolo popular, Boulanger, perseguido y obligado á declararse faccioso; los clamores de la Liga de patriotas y el fatídico acento de la prensa, temerosa de que se altere el orden público. Hay tiempo de arreglar sosegadamente la maleta, de buscar alojamiento en París, y de escribir despacio la carta próxima, á la cual ésta sólo sirve como de sinfonía ó preludio en

que, mezclados ó entreverados á capricho, resuenan los motivos principales de la cantata que con sus coros, arias, concertantes y dúos, se entonará después de alzado el telón del gran Certamen, y que siempre será *oda triunfal*.

CARTA II

EL ASPIRANTE A DICTADOR
LA BASTILLA

Madrid, Abril 21.

Lo que todo el mundo pregunta al tratarse de la Exposición, es lo siguiente: ¿La habrá? ¿Se abrirá en paz? ¿No se cerrará con barricadas? Esta incertidumbre, zozobra y angustia, que refluye en desanimación del público, el cual se muestra rehacio en disponerse á emprender el viaje, para mí constituiría, si la compartiese, un estímulo, pues siempre he sentido no ver á París en uno de esos momentos críticos y supremos—por ejemplo, el de la *Commune*—cuando toda Europa fija sus ávidos ojos en la gran capital y espera con ansiedad el fin de la convulsión que la agita, á ver qué cambios trae consigo. Dicen los que me oyen expresar este deseo, que una revolución en París es formidable, pavorosa y peligrosísima. No lo nie-